

# LA PEÑOLA,

REVISTA QUINCENAL CIENTÍFICA Y LITERARIA.

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES.

## PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. . . . . 4 rs.

## FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. . . . . 5 rs.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administración del periódico, calle del Prado, núm. 40.  
bajo, y en las principales librerías de esta Capital.  
 Toda la correspondencia dirigirla á nombre del Administrador  
DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

## ADVERTENCIA.

Bajo el título de «Valladolid artístico y monumental,» comenzarán á ver pronto la luz pública en esta revista, artículos ordenados, en los que será descrito por épocas y estilos, cuanto de notable encierran los monumentos de nuestra capital.

También publicaremos otra serie de trabajos, que se titularán «Estudios sobre el arte,» en los que ofreceremos á nuestros lectores los más sanos principios sobre el gusto y la belleza en el arte, para tratar de preservarles de las depravaciones artísticas contemporáneas.

Suplicamos á las personas que reciban hoy esta revista por primera vez y quieran que se les incluya en la lista de suscritores, se sirvan avisarlo á la administración, calle del Prado, número 10.

## LA REDACCION.

SUMARIO.—«La Moral en la Guerra,» por Evaristo Martin Contreras.—«A una rosa marchita,» por J. Moreno de Monroy.—«Datos biográficos,» por Julio Páramo Arias.—«Pensamientos,» por Lope Torés.—«El Suspiro de las Auras,» (conclusión) por Julian Grimau.—«El Jugador,» por Agapito Hernandez.—«La Casa de Rocaforte,» (continuación) novela por doña Felicitas Asin de Carrillo.—«Una lágrima solo,» por J. Belmonte Muller.—Charada.—Soluciones al número anterior.

## LA MORAL EN LA GUERRA.

No os esforceis, hombres de generosos sentimientos, en convocar congresos y establecer convenios y pactos entre las naciones civilizadas, para proporcionar á esta humanidad doliente una paz estable y duradera; para estirpar el gérmen de la guerra que nos abate y nos denigra. No os obstineis, almas ascéticas, en elevar á Dios fervientes oraciones, suplicándole cesen para siempre tantas devastaciones y miserias en que nos sumen esas fratricidas luchas...

Vanos serán vuestros esfuerzos; infructuosos vuestros votos y plegarias.

Rogad, sí, á Dios por los muertos; pedid también por los vivos: pero reparad en vuestra naturaleza y en vuestra condicion: meditad sobre vuestro destino; y si aún brilla en vosotros un destello de la fé, aprestaros al combate que debemos sostener todos sobre la tierra, para aspirar por él á esa paz eterna, á esa felicidad porque la humanidad suspira y llora.

La naturaleza del hombre, pura y perfecta en su origen como la de su autor, fué degradada y corrompida por su propia culpa; desde entonces el mal le hostiga y le asedia en todas las condiciones de la vida; y si quiere recuperar su perdida grandeza, debe luchar contra él y vencerle. El hombre está, pues, condenado á luchar contra sus pasiones, sus ambiciones y sus locos apetitos y deseos. Y cuando no acepta solícito esta lucha; cuando se deja dominar por el fuego de sus venales inclinaciones, entonces se vé envuelto en otros combates más horribles producidos por el choque de las pasiones ensoberbecidas, en medio de una sociedad ébria de placer y de ambicion.

Nacemos para luchar de grado ó por fuerza. ¿Quién se atrevería á pedir á Dios, que le obrara de experimentar esa evolucion de la existencia que llamamos ¡la muerte! cuándo sabemos que es una condicion inherente á nuestra naturaleza? Así, quien espere que la civilizacion de las naciones adquiera algun dia tan alto grado, que las cuestiones que surjan entre ellas, se diriman por tratados, convenios ó tribunales superiores; quien confie en que la humanidad podrá verse así libre de esa calamidad social que ha ensangrentado todas las páginas de la historia; quien aspire por su poder, por su saber ó por sus virtudes, á redimirnos del fuego devastador de la guerra, que privando al hombre de sus facultades más preciadas, le convierte en el animal más fiero de la creación, sueña vanamente y desconoce la mísera condicion de la humana naturaleza sobre este deleznable polvo.

No: si el hombre vive luchando contra el mal que le asedia incesantemente, las naciones y los pueblos, ineptos para sustraerse constantemente á las emanaciones de tanta depravacion, no podrán alcanzar jamás una paz estable; porque por su condicion imperfecta y por grandes y poderosas que lleguen á ser, nunca se sustraerán á esa ley de consuncion general, por la cual, cuanto existe sobre la tierra, parece ó se devora á sí mismo.

Y las naciones desaparecen, se aniquilan y perecen por la guerra.

Hé ahí el fin providencial de las guerras: castigo de los pueblos, cuando su vanidad y su soberbia les hace depravados; medio de su aniquilamiento, cuando su depravacion les hace criminales; medio tambien reparador del órden, cuando la ambicion humana altera las leyes del equilibrio social; evolucion necesaria en la cual se precipitan los pueblos, cuando la perversidad humana, falsificando la verdad é injuriando á la justicia, hace precisa una renovacion de las bases sociales; evolucion por la que, muchas veces la causa de la razon, de la justicia y del derecho, viene á ser dirimida por la fuerza material.

No somos filósofos: empero despues de la promulgacion del cristianismo no se necesita haber adquirido patente de tal en las escuelas, como en Roma y en Grecia, para poder escribir é investigar los arcanos de la Providencia, hasta lo que sea dado á la inteligencia humana: basta creer. Así nosotros, al abrir el libro de la historia, hallamos las causas de las calamidades de los pueblos en sus propias culpas.

Perece Roma, porque debia perecer: tanta perversidad estinguia la vida por doquiera. Perece Grecia cuando se axfisiaba en el más grosero sensualismo. La Asiria y la Persia sucumben al peso de sus ambiciones. Y en las naciones modernas, ¿se desconocerán las causas de las guerras que han promovido, por las que la civilizacion se ha puesto al oprobio de la barbarie?...

Ved á la Francia mecerse en una atmósfera de concupiscencia; una música lasciva; una literatura obscena; unos espectáculos licenciosos; una autoridad débil para reprimir, pervirtieron las costumbres, rompieron el corazon del pueblo; minaron las bases de la sociedad, llevaron la depravacion por doquiera y... el azote de la guerra hirió en el rostro á quien se envaneciera de sustentar en sus manos el sόllo del mundo.

España, combatida por elementos tan contrarios: ardiendo hoy en fratricida lucha, se hacia ayer digna de este suplicio. Leed los libros de los pocos sábios que nos precedieron; allí hallareis vaticinadas las calamidades que nos afligen. Si; España iba caminando al abismo; habia perdido la brújula que la marcára su derrotero, y necesariamente debia zozobrar.

La lucha y la guerra, es pues, el estado natural del hombre sobre la tierra, desde que por su prevaricacion fué condenado á merecer su regeneracion eterna por el trabajo, por el dolor y por la muerte.

Nace luchando contra los rigores de la naturaleza; vive luchando contra las aspiraciones y las tendencias de sus semejantes, contra sus pasiones ó contra las miserias, los dolores y los infortunios que le aniquilan cuando no sabe contener su impetuoso torrente; y muere luchando contra los horrores con que le amenaza una condenacion eterna.

Así nacen, viven, y mueren las naciones. luchando unos con otros, promoviendo guerras intestinas y devastando sus propias comarcas; así las sociedades experimentan las transiciones que por sus virtudes ó por sus depravaciones merecieron experimentar; así la humanidad, gimiendo y llorando, sufre la pena de la vida, y por ella espera la regeneracion eterna y gloriosa prometida á la virtud, á la resignacion y al sacrificio.

¡La resignacion y el sacrificio! ¡Ah!... Si es necesario proporcionar constantemente á la humanidad un bálsamo para sus dolores; si esta miseria que nos devora, ora sustentada por el gusano roedor de la envidia, ora por la sed de la ambicion, por el egoismo, la concupiscencia, el orgullo y la vanidad, exige un lenitivo purísimo que nos salve de sucumbir al peso de tanta degradacion. ¿Cómo abandonar á sí misma á una nacion castigada por el horrible fuego de fratricida guerra? Cuando el hermano hiere al hermano, y la sangre humana enrojece las ciudades y los campos; cuando los ayes de los hombres mutilados se mezclan con los gemidos de las madres, de las viudas y de los huérfanos, que en el furor del combate perdieron á sus seres más queridos; cuando las más sólidas mundanales grandezas, se ven aniquiladas en un instante por ese fuego devastador, y el rey desciende del trono, y el potentado pierde sus riquezas, y los frutos de la economia y del trabajo desaparecen; y en fin, la miseria y el infortunio amenazan á quien más seguro se creyera en el goce de los bienes de la tierra... preciso es más que nunca ofrecer un consuelo vivísimo á la desgracia, y lavar con sano bálsamo esas heridas del alma antes que un acceso de dolor, y la fiebre de desesperacion, produzcan la gangrena de la incredulidad, última degradacion del hombre y perversion suprema de los pueblos.

Victimas de la guerra; ricos desposeidos; pobres desamparados; huérfanos desvalidos; hombres mutilados: vosotros, los que conducís sobre vuestros hombros el mayor instrumento de la opresion y de la barbarie, y con él, proclamais la libertad del hombre; aceptad el único bálsamo que puede mitigar vuestros pesares y calmar vuestro llanto, como el desfallecido caminante, acepta el alimento que le ofrece la caridad.

Ese remedio supremo para vuestros infortunios, es: ¡la resignacion y la fé! Si aún brilla en vuestro pecho un destello de esa fé vivísima emanada de una religion santa, ella os preservará, en el albor del combate que sostengais contra vuestras pasiones, ó en el acceso de dolor que os produjera la lucha contra vuestros hermanos, de la muerte moral, mil veces más horrible que la muerte física.

Aunque contempleis vuestras riquezas arrasadas; vuestros hogares incendiados; vuestros hijos muertos ó exámenes; vuestras esposas ultrajadas, la fé os sostendrá contra tantos infortunios. Solo la religion del Crucificado, puede hacer descender sobre vosotros, entonces, la resignacion santa que nos libra de toda desesperacion.

Es la fé, la luz de la vida, que dispersa en nosotros las tinieblas de la adversidad: es la resignacion, la calma del espíritu necesaria á la paz del alma, para poder aspirar á la dicha eterna.

No lo dudeis, pacientes lectores; la causa primordial del mal de la guerra como la de todos los males es la falta de fé. Si cuando nos vemos perseguidos por la adversidad y el acceso del dolor, baña vuestras mejillas en lágrimas ardientes; si cuando las contrariedades de la vida se burlan de vuestras aspiraciones, supiéramos fortalecernos en el sufrimiento y en la desgracia, entonces, entre las más amargas lágrimas, diluiríamos las más risueñas esperanzas; los horrores de tantos males, nos elevarian sobre las miserias de la vida; y hasta sabríamos entonar himnos al placer del dolor.

El placer del dolor!... ¡Ah! Siento ya los lastimeros ayes de tantas víctimas de la guerra... ¡Qué! ¿Juzgais acaso que me burlo de vuestra desgracia, al hablaros de ¡el placer del dolor! cuando nos asfixia la atmósfera de muerte que producen las emanaciones de esta fratricida lucha?

No: yo sufro con vosotros, y quiero haceros disfrutar tambien de los placeres purísimos que nos ocultan el velo de la adversidad.

¿Os abate la idea de vuestras privaciones y dolores, en medio de una sociedad que se embriaga en el goce y en el placer? ¡Oh! Esos placeres son demasiados fugaces para que les envidieis. Las lágrimas que derramais, producirán para vosotros, otros placeres inextinguibles, si reverencias la mano que os prodiga de sus dones, acibarados con penas amargas por las que podeis merecer una perfeccion suprema.

Vosotros los que llorais con resignacion sobre la tierra, obtendreis la verdadera felicidad que se nos ha prometido: y esos criminales ó insensatos, que encendiendo los volcanes de la discordia, surgen en su fondo á miles de víctimas inocentes; mientras que ellos, alejados del foco abrasador, se entregan á los más lúbricos placeres; esos perecerán ahogados por la rabia de la desesperacion, cuando toquen la debilidad de sus esfuerzos, para sostenerse en el pedestal á que les elevaron sus crímenes y sus degradaciones, sus mentidas promesas y sus falsas palabras.

Nos obstinamos nosotros mismos en labrar nuestra desgracia; cuando aún por los mayores suplicios, podemos aspirar á la felicidad. Si reflexionáramos siempre sobre la brevedad de la vida, estos dolores que nos atormentan, los aceptaríamos como instantes de prueba para merecer una eternidad de verdadera dicha. Y ved ahí el pacer que podemos hallar todos en el dolor. ¡Ah! Los que alentais al fuego de la fé, sentis esos placeres intensísimos: por eso, esas lágrimas que derramais, son el rocío

de consuelo para vuestras almas; por eso adorais al Sér que os sujeta al dolor despues de haberos colmado de bienes.

Hoy que el mal de la guerra nos hostiga quizá más que nunca, es preciso reanimar la luz de la fé, para que no llegue á ser debilitada ni estinguida por la llama de la guerra.

¿Cuáles son los mayores horrores de ese terriúle mal que tanto nos sobrecoje y nos intimida? La devastacion de nuestros campos, nuestra ruina, la miseria y la muerte...! La muerte. Empero, esa decantada paz social porque suspiran todos los pueblos, y á la que aspiran todos los filósofos por sus sistemas, y todos los gobiernos por sus principios. ¿Consiguió jamás evitar esas devastaciones y ruinas, estinguir la miseria, y vencer á la muerte? Ved como se aniquilan á su propio peso los imperios más florecientes: ved como las más ricas ciudades sustentan las más pobres miserias: ved, en fin, como cuando la *civilizacion marcha*, y el estrépito de las máquinas, y el humo del vapor, y la elevacion de monumentos, y las prensas multiplicadas, anuncian la prosperidad, el progreso y la paz; ved, reparad como.... ni la miseria, ni la devastacion, ni la muerte se detienen.

Producen más víctimas inocentes, la soberbia y la vanidad de las riquezas, amparadas por esa paz ficticia, que el fuego de la pólvora en el furor de los combates. Reparad en qué, para que nuestros espectáculos, puedan ser iluminados por esa amarillenta luz, miles de hombres tienen que penetrar en las entrañas de la tierra; y allí, sin aire, sin luz natural y casi sin alimento, consumen su existencia, esperando el momento en que estalle la mina y les sepulte entre la hulla inflamada. ¡Pobres mineros! Cuántos contribuyen al solaz *del público entusiasta del siglo*, reciben felicitaciones y recompensas estremadas: solo vosotros que producis la luz, moris olvidados.

Dispensadme, benévolos lectores, esta digresion en favor de esos mártires del progreso: quizás sea yo el primero que les ha consagrado este recuerdo....

Ya no me es posible cumplir mis propósitos en este artículo; me veo precisado á realizarlos en otros. Aquí os he ofrecido el cuadro de la guerra en toda su desnudez, como un mal ingénito en la naturaleza humana. Por la moral de Jesucristo, he intentado calmar los infortunios y pesares que os ha producido; y me he esforzado como principal objeto de mi trabajo, en haceros aceptar ese mal inmenso con valor, para que por él podais aspirar al verdadero bien.

Todos los horrores de la guerra os les he mostrado en medio de la decantada paz, soñada por los filósofos. Es, pues, ficticia la paz á que aspiramos sobre la tierra; porque el hombre está condenado á sufrir en esta vida un horrible y constante combate. Nace luchando; vive luchando, y muere luchando. Y si en este combate, su fé y su resignacion obtienen la victoria; la paz verdadera y eterna será su recompensa.

Creed y esperad; así, muriendo, vivireis; porque

en los más grandes dolores, experimentaréis los más vivos placeres.

Si desesperais y dudais, entonces viviendo, morires; porque sufrireis el dolor eterno del placer fugaz.

La lucha y la guerra, hemos dicho, es inevitable á la condicion humana: es cierto. Pero la perversidad del hombre llega hasta enrarecer las calamidades que Dios consiente y depara para probar á la virtud. Por eso, aunque el mal es inevitable, puede el hombre moderarle y disminuirle, por lo mismo que él le aumenta.

Nosotros pues, en otros artículos, trataremos de elevar nuestra débil voz, para intentar contener algo el furor de esos combates, y disminuir, siquiera en una gota la sangre humana, que se derrama en nuestros campos y ciudades.

EVARISTO MARTIN CONTRERAS.

## Á UNA ROSA MARCHITA.

¡Pobre rosa, ayer el viento  
acarició tu corola,  
y hoy en el prado estás sola,  
sin que nadie te dé aliento.

La aurora ya no te envía  
su rocío cristalino,  
ni las aves en su trino  
admiran tu gallardía.

Perdiste ya los colores  
de tus hojas brilladoras;  
pasaron tus bellas horas,  
solo te restan dolores.

¿Por qué te escucho gemir  
y se estingue ya tu encanto?  
¡Sin duda has amado tanto  
que solo anhelas morir!

Que cuando con vária suerte  
una en pos de otra ilusion  
vá perdiendo el corazon,  
busca el remedio en la muerte.

Que nunca inocente flor,  
como tú, mire secarse  
mi corazon, y apagarse  
este purísimo amor.

Pues si mi dicha derrumba  
como á ti la negra suerte,  
solo anhelo que la muerte  
halle la vida en mi tumba.

J. MORENO MONROY.

## Datos Biográficos.

I.

DON MANUEL JOSE QUINTANA.

CARRERA CIVIL.

¡Quintana! Hé aquí un nombre de grandes recuerdos en la historia literaria; de gloria inmortal: su memoria se llora: hé aquí un nombre que nadie llenará; hé aquí un florón perdido que solo queda de su hermosura la noche de su esplendor, un minuto de su grandeza: he aquí una gloria arrebatada por el fallo inapelable de la parca. Si bien queda el recuerdo de su fama; fama que será imperecedera; fama que solo es dado conseguir á los que tuvieron, cual Quintana, un destello de la divinidad en su cerebro.

¡Quintana! cuya carrera literaria reusume lo más brillante y escogido! Cuya vida civil declara el ciudadano venerable, el patriota dechado de virtudes, merece el óbolo cariñoso de la madre pátria, la eterna memoria de sus conciudadanos, el homenaje del mundo.

Veamos la verdad por los hechos de su vida. Nació en Madrid el 11 de Abril de 1772. La célebre universidad de Salamanca le contó entre sus hijos predilectos. El estudio de la filosofía y jurisprudencia robaron á su brillante carrera literaria sus primeros años.

En 1795 se recibió de abogado siendo en el mismo año nombrado fiscal de la junta de comercio y moneda.

Colmando sus deseos y aspiraciones, en 1805 recibió el nombramiento de censor de teatros, donde dió á conocer su buen criterio y profundo talento.

Al grito de ¡España libre, atrás el extranjero! contestó en 1809 formando parte de la junta central, granjeándose la estimacion de toda ella, la cual, admirando en él dotes tan patrióticas é ilustradas, le nombraron oficial mayor de la secretaría general.

Por la misma, y en el referido año, le confirieron el honorífico cargo de secretario del Rey con ejercicios de decretos.

La primera regencia en 1810 le revistió del importante empleo de secretario de la interpretacion de lenguas, siéndole deudora la madre pátria de la proteccion que encontraron otros paises.

Apenas instaladas las memorables cortes de Cádiz, cuando Quintana fué llamado á desempeñar el espinoso cargo de individuo de la junta superior de censura, mereciendo nutridos y largos aplausos de aquellos patricios ilustres. Cuando creia encontrar el premio á sus muchos y buenos servicios, y cuando contemplaba con lágrimas de alegría á su amada España libre de sus vandálicos opresores, las novedades poéticas ocurridas en 1814, le privaron de su libertad, siendo procesado y encerrado en la Ciudadela de Pamplona. Seis años perdió Es-

pañá el trabajo de uno de sus mejores y esclarecidos hijos.

Restablecida la constitucion en 1820, recobró la libertad y volvió á Madrid, donde le tributaron los homenajes que su talento y y patriotismo merecian, recuperando los honores y empleos que antes tenia.

Creada la Direccion general de estudios en 1821, se le nombró presidente de ella como la persona más apta para desempeñar cargo tan honorable, del cual cesó, muerta la constitucion en el año 1823.

Cinco años sufrió el martirio de la emigracion: apenas empezó el año 1828, le permitieron volver á su pátria para continuar sus trabajos literarios, nombrándole individuo de la junta protectora del museo de ciencias naturales. Por segunda vez fué nombrado secretario de la interpretacion de lenguas.

Dado el real decreto de 10 de Abril de 1834, que con el nombre de Estatuto Real, duró hasta el 13 de Agosto de 1836, Quintana fué prócer del reino y senador diferentes veces, siéndolo vitalicio cuando cesó esta institucion.

En 1840, en atencion y como persona de gran talento y de irreprochables costumbres morales, se vió investido del alto cargo de ayo instructor de la reina Isabel II, cargo que renunció con general sentimiento en 1843 á consecuencia de la reaccion que hubo entonces.

Ha sido varias veces presidente de la Direccion de estudios, académico de la lengua, vicepresidente de la sociedad para propagar y mejorar la educacion del pueblo, siendo presidente de la seccion de escuelas de adultos.

En 1847, teniendo en cuenta sus muchos é inmejorables servicios, fué condecorado con la gran cruz de Carlos III. Era sôcio de la real academia de nobles artes de San Fernando de la seccion de escultura.

Al refundirse la Direccion de estudios en consejo de instruccion pública, le siguió desempeñando á pesar de estar jubilado á peticion suya en 1851, empleo que desempeñó hasta su llorada muerte.

Dichosa la nacion que cuenta en su seno hijos tan esclarecidos como Quintana. Su recuerdo, á través de los tiempos, se mantendrá con vida y lozania, y si no lo representa con mausoleos ó estatuas, su memoria tiené un lugar en el sitio que el hombre siente vibrar, cuando contempla ó recuerda cosas que le extasian admirándole.

Veamos si con su vida civil guarda parangon su carrera literaria.

JULIO PÁRAMO ARIAS.

(Concluirá)

## PENSAMIENTOS.

¿Qué es el hombre en el mundo? un viajero que en su perpétuo caminar no advierte que puede de la vida en el sendero

tropezar cada paso con la muerte.

¿Qué es la riqueza y el poder? mezquino goce no más; dorados eslabones que aprisionan del triste peregrino su albedrio á las miserables pasiones.

¿Qué es el loco placer? un devaneo tras el que pierdes bienestar y calma, que jamás satisface tu deseo y te tortura y envenena el alma.

¿Qué es la virtud? el bálsamo divino que perfuma del orbe los confines; es del cielo el destello matutino y el sonreír de alegres querubines.

¿Y qué es la vida? un paso solamente que de la cuna el ataúd separa, y que á cruzarle con afán doliente desde que nace el hombre se prepara.

¿Qué es la muerte? la noche sin medida en que acaban las cuitas terrenales, donde comienza la perpétua vida de los altos designios celestiales.

LOPE TORÉS.

## EL SUSPIRO DE LAS AURAS.

BALADA FANTÁSTICA.

III.

(Conclusion.)

En las alegres veladas del pasado invierno reunidas multitud de bulliciosas jóvenes en derredor de la chimenea, mi adorada abuelita nos hacía más gratas sus pesadas horas y nos robaba de los brazos del sueño, contándonos historietas y tradiciones. Una noche en que una de las muchachas que constituian nuestra tertulia, dijo que habia visto en el pinar unos grandes pájaros blancos y que tanto miedo le habia producido su presencia, que no se atrevió á mover, hasta que vió pasar á dos hombres, con los cuales se fué al pueblo, nos contó lo que os voy á referir:

«Allá en los tiempos fabulosos de la antigüedad, existia en el centro de la tierra una gran laguna, cuyas aguas eran muy negras, y cuyo nombre era la «laguna estigia;» tenian que pasar aquella laguna todas las almas condenadas á vivir en el «infierno,» y para ello habia un barquero llamado «Caronte» que, con un horrible barquichuelo, cruzaba sus ondas de azabache, cual un ave cruza las trasparentes ondas del espacio.

Pero daba la circunstancia que no quería pasar sinó á las que habian sido enterradas, por cuya

causa quedaban las demás vagando por sus orillas, sin que sus dolientes lamentos y constantes súplicas ablandasen el acerado pecho del infernal barquero.

Reuniéronse ya en tanto número que convocando una junta, determinaron apoderarse del deseado esquiife, atravesar con él la insondable laguna y arrojar al despiadado barquero en sus ardientes aguas; pero Caronte, conociendo sus designios, había huido á la otra orilla burlando de este modo sus deseos. En aquel instante, y cuando ya iban á entregarse en brazos de la desesperacion, un «alma» que acababa de llegar, no pudiendo pasar á los infernos por la fuga de Caronte, y conociendo además podría sacar gran partido de aquella barahunda infernal, elevándose sobre todas, exclamó:

—Almas en pena; yo, magnate entre los magnates de la tierra, la insaciable parca, cortó el hilo de mi venturosa existencia y me despojó de mi carnal y mundana vestidura, para venir á la eterna mansion del affigido: la casualidad ha hecho me encuentre entre vosotras, y me conceptúo muy feliz, pues habiendo escuchado vuestros lamentos, conozco que en este instante, os puedo ser muy útil.

Un «viva» atronó los infernales espacios y la oradora continuó:

—De una suprema resolucion depende vuestra felicidad y la mia; demasiados en número para constituir un nuevo reino independiente, no debemos ambicionar la despótica tiranía de «Pluton, Minos y Radamante,» ni la liberidad de «Júpiter» y demás dioses de la república celeste, cuyas doradas puertas están cerradas para nosotros. La region aérea tiene en sí bastante espacio para edificar un vasto y potente imperio envidia de los anteriores, cuyas leyes yo me encargo de transmitir.

Un nuevo y estrepitoso «viva,» interrumpió la sublime elocuencia de la ambiciosa sombra, despues de lo que prosiguió:

—Una vez edificado y cuando nuestro número ascienda á una cifra respetable, podremos hacer guerra á diestro y siniestro, seremos ricos, inmensamente poderosos, y cuando blandiendo nuestras triunfantes armas, hayamos colocado nuestra enseña bicolor en sus hasta ahora inaccesibles muros, los caudillos de nuestros enemigos bajarán su altiva cerviz para demandar perdon, que nosotros les concederemos, una vez dueños de ambos estados. ¡Oh!... Entonces el placer y la alegría nos sonreirán por todas partes; aquellos edenés poblados de árboles deliciosos cuyas áureas frutas constituyen el predilecto manjar de los elegidos; aquellos palacios de deslumbrante pedrerío; aquellos arroyos de limpidas perlas, y aquellas ninfas de angelical hermosura, cuyos lábios son rubies, ámbar su aliento, mármol su tez, átomos del celeste dosel sus ojos y filamentos de oro sus largos cabellos, serán nuestras; todos sus vasallos nuestros esclavos, y nosotros los respetados y enaltecidos seremos llevados en triunfo en esas mágicas carrozas en que los grandes del celestial paraíso

hacen sus nocturnas escursiones, cuando Apolo, su rey y señor, marcha á visitar la otra parte de sus dominios.

Unanse á mi los que acepten mi proposicion y volemós á conseguir la independencía, y el próximo que nos ha deparado nuestra buena suerte.

Callóse el «alma» y se elevó por la region aérea. Las demás, fascinadas por su discurso, se lanzaron en pos de ella en horrible confusion y gritería.

Quedó en silencio la orilla del «Estigia y el barquero «Caronte,» volvió á ocupar su puesto de honor, murmurando entre dientes:

—Antes eran cien años, ahora vagareis por el espacio por toda una eternidad.

Mientras tanto, aquella animada falange, volaba de un punto á otro, en busca de un lugar donde fundar su nueva mansion.

Por fin encontraron uno de su gusto, y con gran alegría, dieron principio á la construccion del régio alcázar.

Pasado algun tiempo, cuando la ciudad elevaba sus magníficas cúpulas de alabastro guarnecidas de oro, por el horizonte, desafiando la cólera del cielo y de los infernos, nombraron un gobierno, cuyo mando principal, fué conferido á su «alma salvadora,»—como llamaban á la charlatana sombra,— á quien dieron el glorioso nombre de «aura,» que ella aceptó, disponiendo como en prueba de su afecto y agradecimiento hácia sus vasallos, se nombrase aquel nascente estado, «imperio de las auras.»

Mas por aquello de que «Castillos en el aire á poco viento caen,» Eolo, príncipe y ciudadano de la célica república, por orden de «Júpiter,» poco despues de la fundacion del nuevo imperio y cuando las «auras» empezaban á saborear su triunfo, desencadenó un furioso huracan, que en pocos momentos convirtió en indivisibles moléculas, las gigantescas obras que tanto tiempo habian gastado para construirlas.

Pero dotadas sin duda de sin igual paciencia y gran fuerza de voluntad, no cesaron ante su colosal desgracia, y mil veces más con obstinado empeño, intentaron edificar la ciudad sobre sus ruinas, y otras tantas fué derribada por los «vientos.»

Al ver lo vano é ineficaz de sus tentativas, se volvieron de carácter austero y destructor; sus invisibles lábios habian enmudecido y tan solo se entreabrian para dar paso á un incesante, lastimero y prolongado suspiro.

Desde entonces vagan errantes por los espacios y cuando desean saciar su afan devorador, hacen sus correrías por la tierra, tomando la forma de grandes pájaros blancos. En sus escursiones, si encuentran solo algun infeliz viajero, le adormecen con su mirada, para vengar despues en él su saña infernal.»

#### IV.

—Estas son, Adolfo, las «auras,» y ese viento snave y apacible que tú decias, no es otra cosa que su suspiro.

So Adolfo replicar, pero la bronca voz de algunos errantes canes, les hizo notar la proximidad del pueblo, por cuya causa, despues de un fuerte spiro como quien despierta de un soporifero año, se despidieron, no sin que todos, menos el ilustrado poeta, lanzasen á través una mirada, por ver si les seguia alguna de aquellas fatídicas aves, á cuyo recuerdo dedicaron la noche las bellas y tímidas aldeanas.

## V.

Algun tiempo despues los sencillos habitantes de Torrecilla, si por casualidad en uno de esos hermosos dias de primavera en que el viento sopla con cierta languidez y dulzura, encontraban en su camino algun buitre blanco, huian asustados exclamando:

«Huid, huid, ahí están las auras, oid su suspiro.»

JULIAN GRIMAU.

## EL JUGADOR.

Sobre el juego meditando  
pasa la noche sombría,  
y con los naipes soñando,  
impaciente está aguardando  
el rayar del nuevo día.

Vaga en su mente ofuscada  
un pensamiento inaudito,  
una idea depravada...  
y siempre la vé obcecada  
sobre el tapete maldito.

Al fin ostentan las flores  
su corola virginal,  
y anuncian los ruiseñores  
con sus trinos seductores  
á la aurora matinal.

Y en su idea consecuente  
de jugar... con vil despecho  
lanza una mirada ardiente,  
á su familia inocente  
que descansa en triste lecho.

Sale con faz enojosa  
en pos de males prolijos  
tras una vida azarosa...  
y se olvida de su esposa,  
y hasta le ofenden sus hijos!

Busca recursos sediento  
por todas partes sin calma,  
y de dineros hambriento...  
hasta se roba el sustento  
que necesita su alma.

Llega al juego... por fin talla...  
clava en los naipes su fé...  
y en esa ruda batalla,  
de ansiedad su pecho estalla  
hasta que la carta vé.

Sobre aquel tapete imprime  
el naipe su perdicion...  
la suerte no le redime,  
y entre los dientes oprime  
una horrible imprecacion.

Pone el último dinero  
que le resta al desgraciado,  
y al ver igual derrotero,  
de aquel infernal tablero  
se aleja desesperado...!

Vuelve á casa sin honor  
y sin crédito á la par...  
la esposa le causa horror,  
los hijos le dan pavor  
y le amedrenta el pensar...!

Pan...! le pide en su quebranto  
un hijo...! y otro, cariño...!  
La muger dá rienda al llanto,  
y el jugador entre tanto  
se avergüenza de aquel niño.

Y olvidando su desman  
en medio de esta agonía,  
sus hijos y esposa van  
pidiendo un trozo de pan  
para comer aquel día.

AGAPITO HERNANDEZ

## LA CASA DE ROCAFON

NOVELA ORIGINAL POR

DOÑA FELÍCITAS ASIN DE C...

## I.

(Continuacion.)

—Muchas gracias, caballero, recordando la dolorosa emocion que me ocasionó el haber perdido el dinero que me necesitaba para hacer alguna obra de caridad. Pero no lo necesito. Al salvar la vida de mi hermano; lo hice porque era un deber de todo hombre honrado y verdaderamente cristiano, salvar la vida de sus semejantes aunque sea esponiendo la propia. Pero no hablemos mas de esto; no se acuerde nunca que Jimeno de Luna rebaja á ningun hombre hasta él. Casilda!... todo compromi...

to; eres libre, cástate con tu primo y que Dios te haga feliz.

Entraban en el pueblo, y Jimeno con el corazón destrozado guió su caballo por diferente punto que el resto de la cabalgata.

La jóven apenas podía sostenerse; pero cuando vió que su amante partía:

—Ya sabes lo que te he prometido, le dijo, y rompió en amargo llanto.

Cuando subieron á su casa dijo el padre de Casilda:

—Mi hermano no tiene sentido. ¡Querer casar á mi hija con un soldado! Sería lo último. Afortunadamente esto pasará, pues al fin y al cabo no hace mas que dos meses que se tratan, y no le puede tener Casilda gran cariño, aunque le esté agrada-cida. Eso es muy diferente; yo haré porque acep-te una cantidad digna del servicio prestado. Es todo lo que puede y debe apetecer.

—¿Y olvidas, hermano mio, dijo el sacerdote, que cuando yo ofrecí la mano de tu hija al que le salvára la vida, lo hice en medio de un sin número de almas que nos llamarán ingratos y desagrade-cidos? Olvidas que soy un sacerdote y que mi mi-nisterio prohíbe faltar á la palabra empeñada?

—Eso será cuando tú dispongas de lo tuyo; pero en mi hija nadie manda mas que yo, y yo digo que ha de ser la esposa de su primo. Sábelo ya: prefe-riria verla muerta antes que un soldado la llamase su esposa.

—Puesto que está vista tu resolución, contestó el virtuoso sacerdote, yo no puedo permanecer en tu compañía. ¡Nunca la vindicta pública me cul-ta de esta infamia! Desde mañana me retiro á mi Rocaforte.

que había permanecido en silencio ver-tiginoso llanto, y escuchando la conferen-cia de los hermanos, se dirigió á su padre, y lo que debiera haberle conmovido, le

mio, ¿estais dispuesto á no dejarme solo, aunque yo os diga que él solo me da mi felicidad?

—Serás suya, ya lo he dicho. ¿No me pido de rodillas, por la gloria de tu querida madre?

—Si viviera haría lo mismo que yo. ¿No me diré nunca; mi resolución es irrevocable. Basta con saberla para obedecer.

—Dijo la jóven con una serenidad que no se veía en su rostro, abrazad á vuestra sobrina, y abandonais.

—Se abrazó á la desconsolada Casilda, y se despidió de su hermano con los ojos húmedos. En vano procuraba reprimir.

(Se continuará.)

## UNA LÁGRIMA SOLO.

sonrisa... ¿para qué la quiero?

¿no tantas veces sonreír!

¿y qué muger no dá al que se las pide una sonrisa y mil?

Dame en cambio una lágrima, una solo; ya ves qué poco exijo de tu amor: se miente una sonrisa, mas no creo que á parodiar te atrevas el dolor!

J. BELMONTE MULLER.

## CHARADA.

Es una planta *prima* y *segunda*,  
mi *tres* bebida,  
y todo el mundo lleva consigo  
*cuarta* tras *prima*.  
De formas várias, he visto muchas  
como mi *todo*,  
en *dos* tras *prima*, de *prima* y *cuarta*  
con los dos ojos.

(La solución en el próximo número.)

## Soluciones al número anterior.

CHARADA.

LOPE.

LOGOGRIFO.

ALMENDRO.

## IMPORTANTE.

Lo es en efecto el periódico *La Miscelánea Científica y Literaria*, que vé la luz pública en Barcelona los dias 1, 10 y 20 de cada mes, bajo la acertada direccion de Sr. D. Javier Tort y Martorell. No nos cansaremos de recomendar á nuestros suscritores y á los amantes de las bellas letras, esta publica-cion.

Los puntos y precios de suscripcion, son los siguientes:

Barcelona, trimestre, 8 reales.

En el resto de España, id., 10 id.

En el extranjero, id., 12 id.

Número suelto, 1 id.

Administracion y Redaccion.—Calle de la Paja, 9, piso 1.º, Barcelona.

Administracion de LA PÉÑOLA.—Prado, 10, bajo, Valladolid.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estercogalvanoplastia  
DE CAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.